



***LEYENDA DEL
CABALLERO DE LAS
CONCHAS DE BOUZAS***

EL PREGONERO



Corría el año 44 de nuestra era cuando el rey de Judea, Herodes Agripa, ordena el arresto y decapitación de Santiago el Mayor por predicar la Palabra de Dios. Tras su martirio y muerte se prohíbe el enterramiento del cuerpo, y el cadáver es arrojado a un barranco como pasto para los perros.

Bien entrada la noche Atanasio y Teodoro, dos fieles discípulos del Apóstol, roban su cuerpo y lo suben a una barca en el puerto de Jaffa, a una de las muchas que comercializaban piedra entre Israel y Gallaecia. Así comienza una travesía por mares y océanos que acabaría un 25 de Julio, fecha en que el Apóstol recibe sepultura en Santiago de Compostela...

–¡Buenos días a todos! ¡Les agradezco mucho su presencia en este lugar, para escuchar el relato más increíble que jamás les hayan podido contar!!! –gritó un hombre escondido tras las cortinas del palco, instalado específicamente para ese día.

Los vecinos sonrieron, aplaudieron y escudriñaron la zona en busca de alguna pista que les informase de lo que allí iba a ocurrir. Esperaban ansiosos este evento, del que informaban unas octavillas repartidas días atrás por la villa.



***EL CABALLERO DE
LAS CONCHAS***
Sucedió en Bouzas...

DÍA: Sábado 20 de Julio
HORA: Las 12:00 h.
LUGAR: Atrio de la iglesia de San Miguel de Bouzas

–Pero previamente... ¡Me voy a presentar! –exclamó el hombre colocándose de un formidable salto en medio del escenario.

Gritos de sorpresa inundaron el lugar al descubrirse el personaje que les hablaba: Un señor canoso de avanzada edad, gruesa figura y sorprendente agilidad. Iba ataviado con una túnica blanca y sobre ella, una voluminosa toga de lana también blanca. La llevaba apoyada sobre su hombro izquierdo y desde ahí, se enroscaba alrededor de su cuerpo formando cuantiosos y desordenados pliegues. Simulaba ser un praecon, un pregonero de la Antigua Roma.

–Mi nombre es Joan Praecum y como les he dicho, estoy aquí para contarles una bella historia que si me permiten empiezo a narrar.

El chillido de una gaviota sobre el campanario interrumpió la charla. El señor Praecum levantó sus cejas para mirar al cielo.

–¡Sí señora gaviota! ¡Ya empiezo! –exclamó mientras alcanzaba un fajo de papeles amarillentos colocados sobre un escalón de piedra.

Un murmullo de aprobación anegó el espacio, mientras damas, caballeros y algún que otro jovencuelo por allí perdido, se iban acomodando sobre los muros de piedra que se erguían en el atrio.

–¿Estaban ustedes al corriente de que hace muchos, muchos años, pasó por estas nuestras tierras el cuerpo de un gran hombre camino de su morada final? ¿Un hombre a quien Jesús llamaba “Hijo del Trueno” por su carácter impulsivo y rebelde?

–¡Aquí también tenemos a un vecino qué le llaman El Botatronos! ¡Pero por otra razón! Ja ja ja... –gritó un señor corpulento refugiado del calor bajo la sombra de un majestuoso olivo.

–¡Pues ya tendrá el gusto de presentármelo! –sonrió el señor Praecum, al tiempo que secaba con un pañuelo su frente sudorosa y retiraba hacia atrás un mechón de pelo mojado–
¡Vaya amigos! Si me hubieran contado el calor que aquí hacía, a la contra de esta toga romana habría lucido... ¡Corpiño y enagua!

Las carcajadas retumbaron en el atrio y el pregonero encontró el momento perfecto para acercar una botella de agua a su boca.

–¿No prefiere vino? –gritó otro de los allí presentes.

–¡Gracias caballero! Pero ahora no puedo nublar mi mente con bebidas celestiales. Aceptaré gustoso su invitación cuando... ¡Haya contado lo que aquí tengo escrito! –respondió mostrando el fajo de papeles que apretaba entre sus manos –Entonces... ¿No saben a quién me estoy refiriendo? –preguntó con voz energética y expresión histriónica apuntando con su índice a los más cercanos– Lo conocerán ustedes sí les digo que estoy hablando de...
¡¡¡Santiago El Apóstol!!!

Los rumores invadieron ahora el ambiente.

–¡Anda ya! –se oyó decir a alguien.

El orador fijó la mirada en sus papeles e inspiró profundamente. Alzó de nuevo la vista.

–Les voy a contar la historia que ocurrió en el casamiento de dos personas acomodadas.

¡Dos personas de familias nobles y acaudaladas!

Un profundo silencio antes de continuar.

–El día de su boda, aconteció un suceso extraordinario y maravilloso que sólo se pudo explicar por la intervención de... ¡Dios y El Apóstol Santiago!

El bullicio volvió al lugar.

–¡Mira qué nos cuenta ahora! –exclamó una señora rechoncha acomodada sobre un retal de tela en primera fila.

–Y dirá que El Apóstol es El Caballero de las Conchas de lo panfletos!!! –concluyó otro vecino entre risas.

–¡Damas y caballeros! –interrumpió el narrador elevando enérgicamente su voz–. Les voy a contar una historia transmitida en mi familia de generación a generación. Les pido por favor guarden silencio mientras escuchen este mi relato. Y cuando termine, si creen que he sido vil y grosero... ¡Echen sobre mí mondas y cascajos! Pero si les agrada el relato, sólo pido me recompensen con su aplauso.

Los convidados se miraron unos a otros. El señor Marcial, dueño y señor de muchas tierras boucenses, se volteó hacia sus vecinos colocando el dedo índice sobre sus labios. Acomodó su espalda sobre una de las paredes de la iglesia y ordenó al orador continuar.

–Era un día caluroso de un mes de estío, cuando aquí se reunieron dos familias acaudaladas y de alta estirpe para festejar una boda. ¡La del Príncipe Lobecio Privano y La Señorita Caya Valeria! ¡Una boda en la playa adyacente a esta iglesia! –vociferó mientras apuntaba con su índice.

El clamor envolvió nuevamente la plaza. Una niña rubia peinada con dos trenzas, se levantó de un salto del murete donde estaba y se arrodilló en el suelo frente al narrador. Él sonrió y continuó.

–Voy a contarles lo que aconteció aquel día y la razón por la cual, todo el que peregrine hasta Santiago de Compostela ha de llevar en su indumentaria ¡Una concha de vieira!

Silencio. Otro sorbo de agua y una mirada al público.

–Bien bien bien... ¡Comencemos!

“El día empezaba a vencer a la noche cuando alguien golpeó sutilmente la puerta de su habitación. Valeria se estremeció y sintió un cosquilleo galopar por su barriga. Se frotó suavemente los ojos y sonrió. Hoy era el día. Hoy era el día de su boda.”

El pregonero carraspeó y afinó su voz, tratando simular la de una mujer.

–“¡Valeria! ¡Hija mía! ¿Te has quedado dormida? –oyó decir a su madre detrás de la puerta.”

Risas silenciosas en el ambiente.

–“¡Adelante! –comentó la muchacha, al tiempo que estiraba las piernas y saltaba sobre el inmenso paño marrón extendido bajo su cama.

–¡Vamos hija! Hay que ponerse en marcha que el tiempo apremia –ordenó su madre que ya entraba en su habitación y apuraba el paso para abrir las contraventanas–. Ve a desayunar y regresa rápidamente que tienes que prepararte para este gran día. Demostrarle al pueblo porque hoy pasarás a formar parte de la familia de La Reina Lupa. ¡La grandiosa y poderosa Reina Lupa!”

–¡A Raiña Lupa! –exclamó alguien.

El señor Praecum asintió con su cabeza antes de continuar.

–“Madre, ya sabes que me caso porque amo a Lobecio y no para formar parte de la familia de la reina... ¡Atía Moeta! Sabes muy bien que no le gusta que le llamen Reina Loba ni Reina Lupa! –replicó Valeria, colocando una mano sobre sus ojos cegados por la luz que entraba a raudales por las ventanas.

–Sí sí –afirmó Caya Lobia–. Eso todo que dices es cierto y muy importante, pero no querrás defraudarla ni a ella ni a Lobecio con tu apariencia, así que... ¡En marcha!

Valeria asintió con una ligera inclinación de su cabeza, se colocó un fino manto sobre los hombros y salió de su habitación, para dirigirse hacia el salón situado en el otro extremo de la casa. Mientras caminaba pensaba en Lobecio, en su amado Lobecio. Lo amaba por encima de todo, aunque la boda había sido concertada tiempo atrás entre sus padres y sus futuros suegros:

Ella pertenecía a una familia de gente acaudalada de A Maía, una región allá por el norte de Gallaecia. Su madre era Caya Lobia y su padre Don Puctonio Marcelo, nombrado tiempo atrás Régulo de Gallaecia por el emperador César Augusto.

Sus futuros suegros también eran gente noble y acaudalada de Gaia, Vilanova de Gaia, una región del sur de Gallaecia. Se trataba del Señor de Castro Lupario, Lobecio Ribano, y de Atía Moeta, mujer poderosa y a veces temida. Era dueña de muchas tierras cercanas y lejanas y a mayores, emparentaba con la dinastía de Don Cayo Julio César, importante político y militar romano...”

–Les diré para quien no lo supiere, que Gallaecia era una antigua provincia romana formada por Galicia, Asturias, norte de Portugal y parte de Castilla –apuntó antes de seguir.

“Y entre todos habían decidido que ese matrimonio sería rentable, muy rentable. Pero amaba a Lobecio más que a ella misma. Si le hubieran arreglado una boda con otra persona que no fuera él, renegaría de todo y huiría con Lobecio. Y si esto no fuese posible, estaría dispuesta a quitarse la vida. No tenía sentido vivirla si él no estaba en ella.

–¡Buenos días, señora! –la recibió sonriendo una doncella al entrar en el salón.

–Buenos días –correspondió Valeria al tiempo que echaba un vistazo a todas las delicias repartidas por la mesa. No tenía mucho apetito así que se llevó un pequeño dulce a la boca. Bebió un poco de agua y sintió su estómago lleno.

–¿Desea algo distinto la señora? –le preguntó la doncella acercándose a ella.

–¡No no! Con esto es suficiente. ¡Gracias! –exclamó Valeria al tiempo que limpiaba sus labios con una fina servilleta blanca– He de subir a prepararme.

La doncella asintió y reclinó un poco su espalda en señal de respeto. Valeria se despidió y salió por la puerta.”

–Perdone señor... –lo interrumpió tímidamente un vecino de mediana edad y espigada figura– ¿Cómo dice que se llamaba el novio? ¿Lobecio? ¡Nunca tal nombre oí para una persona!

Una leve sonrisa pasó por el rostro del señor Praecum.

–Me alegro mucho de que alguien me pregunte eso. Verá usted señor, esta historia se ha ido transmitiendo de forma oral entre varias generaciones y como consecuencia de esto, el nombre de Lucio se ha convertido en Lobecio. Pero me permitirán use este pseudónimo...

–Sí sí sí –asintieron los oyentes.

El pregonero estiró su espalda, carraspeó para aclarar la voz y continuó narrando.

“Cuando llegó a su alcoba descubrió a cinco doncellas rodeando una mesa atestada de cajas y cepillos. No pudo examinar mucho más, porque enseguida sintió la mano de su madre agarrando su brazo y casi lanzándola sobre una silla.

–¡Has tardado en venir! Quédate ahí quieta que te van a peinar y pintar.

–Vale madre –aceptó Valeria acomodándose en el asiento.

Inmediatamente después, las doncellas la rodearon a ella. Una recogió su pelo con una tiara azul, mientras otra extendía cuidadosamente crema lechosa por su rostro. Una tercera doncella comenzó a masajear sus finas manos y otra sus pies.”

El señor Praecum levantó los ojos hacia el público. Descubrió un montón de caras que fijaban su mirada en él. Sonrió y volvió a leer.

“Valeria cerró los ojos y empezó a recordar como había conocido al que hoy, se desposaría con ella. Había sido por casualidad y no hace mucho tiempo, en el lugar donde se encontraba ahora: Bouzas.”

–¡Bouzas! ¡Bouzas! –vociferaron desde la gradería.

–¿Nuestra Bouzas? –preguntó una mujer con voz chillona y estridente.

–¡Sí señora! –sonrió el orador– ¡Su Bouzas, mi Bouzas, nuestra Bouzas!

Y prosiguió contando en medio del murmullo de la gente.

“Bouzas: Una zona mágica en el centro de Gallaecia frente a las salvajes y hermosas Islas de Bayona.”

–¿Islas de Bayona? –lo interrumpieron de nuevo.

–Así llamaban en la antigüedad a las Islas Cíes –aclaró antes de continuar.

“Su padre el señor Puctonio Marcelo o Señor de A Maía, como se dirigían a él habitualmente, había decidido celebrar una fiesta para festejar el inicio de la temporada estival. De entre todas las propiedades de las que él era dueño, se había decantado por su preferida para la celebración: La villa de Bouzas, de la que además descendían sus antepasados.”

De nuevo el jaleo llegó al graderío.

“Y asistieron a la fiesta nobles y régulos de las zonas circundantes. Al atardecer sonó música y Valeria había aceptado gustosamente abrir el baile con su padre. Y cuando bailaba nuevamente con él un poco más tarde, advirtió que había perdido el broche de bronce heredado de su querida abuela Balbina. Aparte de los motivos sentimentales que le unían a ese broche, lo necesitaba para cerrar la túnica que envolvía su frágil cuerpo. ¡Qué bochorno había sentido! ¡Quiso morir! Pero en ese momento, alguien había tocado suavemente su espalda. Al girarse descubrió frente a ella a un apuesto caballero. El galán tenía tez morena, pelo negro, y unos enormes y expresivos ojos verdes. Sus labios carnosos habían dejado entrever unos dientes blancos y perfectos, cuando los abrió para sonreír y preguntarle si la joya que portaba en la palma de la mano era suya. Desde ese momento supo que ya nada lo separaría de él. Afortunadamente, sus padres habían elegido ese mismo lugar para la boda,

por quedar a medio camino entre A Maía y las tierras de Gaia. Sólo podía ser ahí. En ese mismo lugar que un día el destino los unió...

–¡Perfecta! –la asustó su madre de repente– ¡Mírate!

Valeria movió su cabeza para resurgir del letargo en que había estado inmersa. Abrió los ojos y contempló la imagen que se reflejaba en un gran espejo colocado frente a ella:

La de una adolescente casi mujer, con una larga melena negra recogida en seis trenzas. Le devolvían la mirada unos inquietos ojos marrones perfilados con carboncillo negro, que destacaban como dos luceros sobre una pálida tez.

Abrió sus finos labios tímidamente nacarados y sonrió. Le gustó su aspecto.

–¡Ahora a vestirme! –ordenó su madre enérgicamente rompiendo la magia de ese momento.

Y una vez más, se vio rodeada por doncellas que la fueron desnudando y colocando ropa sobre su cuerpo”.

El señor Praecum miró a su alrededor saboreando su triunfo. Fijó sus ojos en la jovencita de trenzas próxima al palco. Le sonrió. Bebió un poco de agua y miró hacia el cielo azul. Algunos de los que formaban su público le imitaron. Sonrió de nuevo antes de continuar.

“El silencio inundó el arenal cuando Valeria empezó a descender por el sendero que unía la hacienda con la playa. Lobecio esperaba allí. Vestía una túnica beige larga hasta sus rodillas y sobre ella, una toga del mismo color adornada con dos franjas púrpura, indicando que era un caballero. Cuando tuvo cerca a su amada ya no pudo desviar la mirada de ella. Una fina túnica blanca, ajustada a su cintura por un cinturón de diminutas flores anaranjadas, cubría su cuerpo hasta los pies. Sus pasos saltarines dejaban al descubierto unas sandalias de cuero también naranjas. Una guirnalda de flores sujetaba el velo que cubría su rostro, que él retiró hacia atrás cuando estuvo a su lado. Y la ceremonia comenzó...”

El narrador acercó los papeles a sus ojos y asintió con la cabeza.

“Celebraron una Coemptio, homenajando los tiempos aún más remotos en los que el hombre compraba a la mujer. Así, Don Puctonio Marcelo dio un paso hacia delante para colocarse frente a Lobecio. Los invitados se separaron de los contrayentes. Tan sólo sus progenitores y cinco testigos previamente elegidos, los rodearon. ¡Y apareció el Librepens!” –cerró los ojos para abrirlos desorbitadamente después– “¡Un caballero ataviado con una brillante túnica morada! Que sujetaba entre sus manos, una, una, una... ¡¡¡Balanza de plata!!!”

Los oyentes situados en primera fila se echaron hacia atrás asustados por el tono de su voz. El señor Praecum arqueó las cejas antes de seguir.

“A continuación, Lobecio extrajo de una pequeña bolsa de tela que prendía de su túnica, una formidable moneda de cobre y la colocó sobre uno de los platos. La balanza se inclinó ligeramente. Lobecio la recuperó y se dirigió con voz firme al señor Puctonio.

–Acepte usted señor esto que le entrego ahora como pago por su hija, la señorita Valeria. Esta moneda es mi gran tesoro. La conseguí allá por tierras lejanas siendo yo aún un infante, al enfrentarme a un bárbaro que pretendía robar mi inocencia. Desde entonces... ¡la he guardado y protegido con mi vida!, esperando el día en que pueda ser intercambiada por un tesoro mayor. Y hoy ha llegado ese día.

Hizo una reverencia y se la ofreció. Él asintió con su cabeza y la aceptó.

–Bienvenido seas a esta mi familia. Te vendo a mi amada hija para que la cuides y protejas con tu propia vida. Te encargo la misión de... ¡Alimentarla! ¡Arroparla! ¡Defenderla! ¡Cuidarla! Y a cambio ella te dará amor y felicidad, e hijos que aseguren vuestra descendencia –concluyó Don Puctonio, al tiempo que cogía a su hija por una mano y la unía a la de Lobecio.

Los amados enfrentaron sus miradas y sonrieron. Lobecio repasó con su índice el arco de las cejas de Valeria, su mejilla, la línea de sus labios...

–¿Deseas ser mi esposa?

–Sí –musitó ella.

El aire se detuvo. El mar calmó su vaivén. Las gaviotas silenciaron sus graznidos. Y entonces él la besó. Fue un beso suave, lento, profundo.”

–Y a partir de este momento... ¡Ya estaban casados!!! –concluyó el señor Praecum antes de refrigerar de nuevo su boca.

El público rio, refrescó sus gargantas, se abanicó con lo que pudo y dirigió de nuevo su atención al escenario.

–No voy a detenerme en esto ni entrar en más detalles que los estrictamente necesarios –afirmó el pregonero levantando la mirada–. Una vez casados ¡Tuvo lugar el banquete! Hartaron sus estómagos con deliciosas viandas repartidas sobre unas mesas colocadas allá en lo alto del arenal. Comieron y... ¡Bebieron! ¡Rieron! ¡Bebieron de nuevo y bailaron a raudales como en toda boda que se precie!

De nuevo risas y comentarios en el atrio.

–“E inmediatamente después, comenzaron los juegos de la fiesta” –su voz se tornó grave–. “Lobecio ordenó al servicio acercasen los caballos cobijados en unas cuadras cercanas al lugar. Las damas permanecieron en sus asientos, mientras los varones protegían sus cuerpos con armaduras y se acercaban a la orilla del mar. Cuando hubo llegado el último de los animales, los caballeros comenzaron a abofardar”

–¿Abafordar? –repitió alguien.

–¡Abofardar! –replicó el señor Praecum plácidamente– Se trata de un torneo donde los caballeros lanzan al aire una bofarda o lanza, y a lomos de sus caballos galopan tras ella para recogerla antes de que toque el suelo.

Respiró profundamente y continuó hablando.

“Cuando fue el turno del novio lanzó su bofarda hábilmente hacia el poniente de la playa, pero un repentino y huracanado golpe de aire, desvió la trayectoria de la lanza hacia el mar. Lobecio obligado a defender su honor y valentía, galopó enérgicamente tras ella mar adentro pero a la contra de lo esperado y deseado, tanto él como su hábil corcel negro desaparecieron bajo la espuma de las olas del enfurecido océano”.

Un silencio lleno de rumores invadió la plaza. La luz del sol se reflejaba en las piernas de la gente, y se oyó a alguien blasfemar contra una mosca.

“Lamentos y quejidos se oyeron por toda la bahía. Los caballeros desmontaron de sus corceles para arremolinarse en la orilla del océano, que repentinamente, había transformado su calma en furia. Las damiselas se acercaron. El tiempo pasaba y el jinete no volvía. La novia remangó su vestido, recorrió fatigosamente los escasos metros que la separaban del piélago, y con expresión hastiada se adentró en él. La rápida intervención de un caballero la salvó de ser embestida por las enfurecidas aguas. Y ya en la arena, escondió la cabeza entre sus piernas y empezó a llorar. Llorar, suplicar y de nuevo llorar.”

–¡Tierra! ¡Tierra a la vista! –gritó el más joven de los discípulos que acompañaban al Apóstol en su último viaje.

–Pienso que estamos llegando a Gallaecia, confirmó Teodoro, la tierra donde nuestro maestro predicó y donde hemos de enterrar su cuerpo. Pero el viaje no termina aquí. ¡Remontaremos ríos y valles, hasta encontrar el lugar en que Santiago Apóstol realizó su labor evangelizadora!

Y una vez más, el señor Praecum bebió agua. Levantó y colocó los papeles frente a sus ojos, cogió aire y alzó la voz.

“¡Ya se daba todo por perdido! ¡Un mar bravo devoraba metros de playa! El ensordecedor ruido del oleaje y el graznido de las gaviotas ocultaban el llanto de una damisela: Valeria. Viuda el día de desposar. Cuando de repente... ¡Se sintió paz!” –sonrió

antes de continuar– “El gentío enmudeció. El océano calmó su furia. Las aves dejaron de chillar. En el horizonte lejano se vislumbró una pequeña barca sobre el mar, y a su lado, una silueta que se acercaba al lugar. Todos miraban y escudriñaban. Cuando la cercanía permitió ver la figura con claridad, distinguieron a ¡Lobecio sobre su corcel!; mostrando con un brazo en alto la bofarda que había ido a rescatar. Y de nuevo el jaleo y la alegría inundó el arenal, pero al llegar la montura, todos volvieron a callar...”

El pregonero secó su frente antes de colocar los papeles sobre el escenario. No los necesitaba para lo que tenía que contar.

“Lobecio y su caballo estaban completamente cubiertos de... ¡Conchas de vieiras!”

–¡Oh! ¡Ah! –exclamó el público.

“Lobecio desmontó y se miró. Se tocó las piernas, su cabeza, los brazos. Dirigió la mirada a su corcel y lo acarició.

–Lobecio –susurró Valeria cuando estuvo frente a él.

–Amada mía –respondió rozando su cara.

–Qué te ha ocurrido –susurró la joven sintiéndose desvanecer ante su amado acorazado.

Lobecio la abrazó y respiró profundamente. Después sonrió y se dirigió a la estupefacta gente que lo rodeaba, analizaba, e incluso tocaba.

–¿Veis aquella barca que navega allá al fondo? Pues vienen desde muy lejos para dar entierro a un Apóstol de Jesús.

–¿Jesús? ¿Apóstol? –repitió Valeria.

–Jesús. Un hombre que vivió entre nosotros hasta hace muy poco tiempo, en un lejano lugar. Un grandísimo hombre enviado a la tierra por nuestro Padre Protector, Dios. Un hombre que hacía el bien allá por donde pasaba bendiciendo a la gente para que alcanzara la paz, dando alimentos a quien no tuviera pan, curando a los enfermos de su enfermedad... Le

acompañaban siempre doce personas, doce apóstoles. Y uno de esos apóstoles, Santiago, acaba de recibir muerte por continuar la misión de Jesús en la tierra, por predicar la palabra de Dios. Sus fieles amigos lo traen a enterrar a Gallaecia donde él estuvo predicando.

¡El gentío empezó a hablar, a exclamar, a preguntar...! Lobecio levantó una mano ordenando callar.

–Amigos míos, amada mía... –acarició su cara–. Hoy hemos sido testigos de algo inexplicable. Mirad como estoy vestido. Con esta armadura y estas conchas de vieira pegadas a mi cuerpo, ¡No puedo flotar! ¡El corcel tampoco! Y sin embargo flotaba cuando me habéis visto llegar. Pero primero flotamos allá a lo lejos, en el horizonte, sobre las profundas aguas del enturbiado océano. Una red invisible nos sujetaba cuando aquella barca vi llegar. Y uno de los buenos hombres que la conducen me explicó lo que os acabo de contar. Me ha dicho que flotamos gracias al Apóstol Santiago, que sigue rescatando al pueblo incluso ya fallecido. Y me ha pedido, que en señal de agradecimiento visite su tumba allá donde sea colocada. Que la busque caminando por tierra, que El Apóstol y las estrellas me guiarán. Y que para hacer ese recorrido, adorne mi vestimenta con una concha de viera como éstas que ahora envuelven mi cuerpo, para que el mundo conozca este su último milagro.

Lobecio se arrancó dos vieiras de su armadura. Encerró una en su mano y colocó otra en la mano de su esposa, para después juntar ambas sobre su pecho.

–Valeria, amor mío; cuando terminen los festejos de nuestro casamiento, nos trasladaremos a la residencia que madre posee en el extremo oriental de Gallaecia, y desde allí buscaremos la tumba de Santiago. Subiremos montes y montañas. Caminaremos por valles y pueblos. Atravesaremos ríos y bosques. Y no nos detendremos, hasta que pueda arrodillarme ante la tumba de mi salvador el Apóstol Santiago.”

Un silencio sepulcral envolvió el lugar, tan solo interrumpido por el rumor de las olas de la playa cercana. El graderío se miraba pero nadie se atrevía a hablar. El señor Praecum, recogió sus apuntes del escenario y miró a su público. Y volvió a hablar.

–Así que ya conocen el origen de la vieira que portan los peregrinos que van a Santiago de Compostela. Está aquí en Bouzas, amigos míos. Y ya saben quién fue el primero en peregrinar para visitar al apóstol: Lobecio, el Señor de A Maía, al que con el tiempo acabarían llamando “El Caballero de las Conchas”.

El silencio antecedió al bullicio, que sólo menguó cuando el señor Marcial levantó una mano para preguntar.

–Pero... ¿Eso fue cierto o es una leyenda?

–¿Sabe usted qué es una leyenda? –le preguntó antes de responder–. Una leyenda es el relato de un hecho. Un hecho que ha ocurrido realmente, y que después se ha ido transmitiendo de generación en generación a lo largo de los años, normalmente de forma oral, por lo que la historia inicial acaba siendo sutilmente modificada. Pero la base de una leyenda, es siempre un hecho real.

Y entre sonoros aplausos, el pregonero Praecum desapareció tras las cortinas del palco.

FIN